

más y consecuencia de todo, estas ciudades eran municipios verdaderos, formados por una próspera clase media, que convencida de la necesidad de una sólida instrucción de las generaciones venideras, empleó sus poderosos medios para llamar a los maestros mas eminentes y fundar dentro de su recinto excelentes establecimientos de instrucción.

## CAPITULO IV

## LAS ESCUELAS

Cuando Lutero invitó a los ayuntamientos y jefes de ciudades, en 1524, a que estableciesen y sostuviesen escuelas en sus respectivas poblaciones, existían ya muchas elementales y otras superiores en todas partes; un teólogo del año 1470 dijo también que los niños debían ser enviados temprano a las escuelas dirigidas por maestros respetables, lo cual prueba la alta importancia que daban ya entonces los jefes espirituales en Alemania a la instrucción de la juventud, y muchos otros datos y documentos fidedignos prueban que las escuelas eran muy frecuentadas y los maestros y profesores muy respetados. La instrucción que se daba en estas escuelas era, hasta el segundo tercio del siglo xv, exclusivamente elemental, y en lo principal religiosa, hasta que a fines del siglo citado empezó a manifestarse la tendencia, hija de los estudios humanistas, a dar a la enseñanza mas amplitud e incluir en ella las nuevas materias. De las escuelas que adoptaron el nuevo derrotero, algunas no tardaron en adquirir grande fama, como entre otras las de Schlettstadt (Alsacia), Deventer (Frisia occidental) y Munster (Westfalia). Ellas nos pueden servir de muestra de lo que eran las escuelas que se dedicaron a la enseñanza de las humanidades, y de lo que eran también sus profesores, además de darnos noticia de sus discípulos mas eminentes.

Entre las escuelas citadas y sus directores merece ocupar el primer puesto la de Schlettstadt y su maestro director Luis Dringenberg. Solían comparar los contemporáneos esta escuela con el caballo de Troya, porque si del vientre de aquel caballo salieron armados los héroes griegos, de la citada escuela salieron también humanistas armados y a punto de esgrimir sus armas en el campo literario. Esta comparación no era del todo exagerada, a pesar de no ser el director de la escuela gran sabio ni gran latinista, ni menos un adalid inflexible y consecuente, en materia de principios, de la nueva era de ilustración.

Respecto del latín, baste saber que a pesar de todas sus explicaciones encaminadas a inculcar a sus alumnos las reglas de la gramática y a omitir los comentarios difusos que en lugar de aclarar ofuscan el sentido del texto, admitió por buena la siguiente traducción hecha al latín, por uno de sus alumnos mas aprovechados, del adagio favorito de Dringenberg: «No tengas en tu casa ni mono viejo, ni clérigo joven, ni oso no domesticado.»

*Inoeterata pati non simia debet in aedes,  
Ursus silvestris, presbiter et juvenis.*

El mismo hizo los siguientes versos referentes a la muerte del duque de Borgoña:

*Oppida trina tibi, dux Carole, dura fuere,  
In rebus Gransen, grege Murthen, corpore Nansen.*

Peor que esto era que todavía se le hacia un cargo de conciencia el haberse cuidado tanto del latín y de los autores gentílicos antiguos, y quiso dedicarse en adelante exclusivamente a meditaciones y ejercicios religiosos. Comunicó su resolución al ya mencionado patricio Gossembrot, de Augs-

burgo, pero este desaprobó el proyecto piadoso y debió de disuadirle de semejante idea, pues que Dringenberg continuó en su puesto todavía veinticuatro años, hasta su muerte, que ocurrió en 1490. Estas ráfagas de arrepentimiento al aproximarse la vejez, las hemos visto ya en muchos humanistas del primer período.

Uno de los alumnos mas notables del citado director de la escuela de Schlettstadt fué Pedro Schott, que vivió desde 1458 hasta 1490, y fué uno de los primeros hijos de familia opulenta de la clase media que se dedicó a los estudios modernos. Pasó despues a Italia para perfeccionarse en ellos y tuvo criterio bastante independiente para hacer la debida distinción, en el Renacimiento italiano, entre el fondo excelente, y los accesorios puramente exteriores, y para reconocer, al propio tiempo, que si bien era la instrucción en Alemania inferior a la italiana, no por esto merecía que se la tachara de bárbara. En esto era Schott juez competente, pues habia estudiado cuatro años leyes en Bolonia y pasado despues a visitar detenidamente a Roma y otras ciudades. Cuando regresó a su ciudad patria, que era Estrasburgo, fué allí el único que sabia el griego. Estudió entonces teología, porque la jurisprudencia le parecia «una ciencia tonta;» pero siempre fué partidario y apóstol firme y celoso de las letras humanas y enemigo de la ignorancia, sin perjuicio de ser celoso católico. Como teólogo escribió contra los abusos en la Iglesia, como la acumulación de prebendas, y excitó al famoso Boleslao de Hassenstein, a quien habia conocido en Italia, a que empleara su influencia para someter a los husitas a la Iglesia de Roma. En cambio protestó enérgicamente en 1485 contra el decreto del papa Sixto IV que prohibía admitir en los cabildos de las catedrales a toda persona que no fuese noble. Con el deseo, probablemente, de contribuir a la creación de una especie de lazo de union entre los hombres científicos y literatos, tuvo Schott la costumbre invariable de ponerse en correspondencia con cuantos autores llegaron a su noticia, afan que no puede atribuirse a vanidad ni a ambición, ni al deseo de darse a conocer y cobrar renombre, porque era modesto, sencillo y solo pensaba en aumentar sus conocimientos. Pidió ingenuamente a los hombres mas afortunados explicaciones sobre ciertos vocablos y expresiones, y siguió su correspondencia en alemán. Era amante de su patria, como lo muestran sus poesías latinas, en las cuales, con su correspondiente dosis de mitología, a imitación de los humanistas italianos, ensalzaba a su ciudad patria, Estrasburgo (*Argentoratum* en latín), la ciudad argentina que merced a su sabio gobierno conservaba su libertad. También unió su voz a la de los panegiristas del entonces joven emperador Maximiliano, que con sus empresas guerreras se proponía dar nuevo brillo a la fama de los antiguos alemanes.

Las obras menores de Schott (*Lucubrationes*, 1498) no tienen importancia ni son obras maestras de literatura, pero proclaman en alta voz las cualidades excelentes de aquel corazón noble, en que ardía la llama pura del deseo de saber siempre mas y mas. La posteridad le hizo justicia y publicó sus obras para honrar la memoria de aquel apóstol modesto y activo de la instrucción, y especialmente de las humanidades.

A la muerte de Dringenberg continuaron sus sucesores en la dirección de la escuela de Schlettstadt siguiendo sus huellas. Como él eran partidarios de las reformas en la enseñanza y en los estudios, pero no eran revolucionarios y trabajaban avanzando paso a paso, como lo pedían las circunstancias de la época. En 1490 encargóse de la escuela Crato Hoffmann, de Udenheim, profesor excelente, devoto y de vida intachable, grave y severo unas veces, festivo y comunicativo otras, según convenía. Comprendía también el fondo y la forma y

belleza de las obras clásicas antiguas, pero le faltaban originalidad e independencia de criterio, y seguía en todo ciegamente las opiniones de su maestro Wimpeling, tanto que publicó y dió a sus alumnos por libro de lectura una obrita escrita por algun compañero ó amigo de Wimpeling, y que bajo el título de: *De fide meretricum*, trataba en tono burlesco-satírico del amancebamiento, en términos bastante claros para hacer el libro peligroso para adultos, cuanto mas para muchachos.

A la muerte de Hoffmann siguió en la dirección de la escuela, en 1501, Jerónimo Gebroyler, que vivió desde 1473 hasta 1545, y pasó primero a Estrasburgo y despues a Hagenu. Mas que otros se ocupó en comentar las producciones literarias de su tiempo, adoptó por libro de texto la gramática de Cocleo y las poesías de Bautista Mantovano y de su colega Gresemundt; publicó la introducción a la ética de Aristóteles, escrita por Lefevre d'Étaples, y escribió en 1519 una obrita titulada: *Libertas Germania*, para probar que los alsacianos eran alemanes y pertenecían al imperio, admitiendo tranquilamente la fábula de que descendían de los troyanos. También publicó en 1521 un panegirico del emperador Carlos V, al cual excitó a defender la fe católica. Además trató de la vida de los santos, de la genealogía de la casa de Habsburgo, como compilador laborioso y encomiástico, sin criterio, y a sabiendas parcial; escribió meditaciones religiosas y polémicas, porque era católico romano acérrimo, enemigo declarado de los protestantes, aunque no ignoraba los defectos de la Iglesia católica, la conducta inmoral del clero y los abusos de la corte papal, a los cuales atacó públicamente antes y despues de la separación formal de los protestantes del gremio de la Iglesia católica. Finalmente hizo una edición de las comedias de Plauto. Gobernó la escuela de Schlettstadt hasta el año 1509. Uno de los discípulos que tenía a pension en su casa describió su método de enseñanza en estos términos: «Por la mañana nos hace repasar la gramática (de Alejandro de Villa Dei); a las 9 nos explica trozos de autores antiguos, como Horacio, Ovidio y otros; por la tarde leemos las obras de Bautista Mantovano. Los lunes hacemos ejercicios métricos en verso. A las 4 de la tarde repasamos todo lo que durante el día nos ha sido enseñado.» Las explicaciones del maestro, como se ve por las muestras que se han conservado, estaban calcadas maquinalmente sobre las de los autores antiguos.

Sucedió a Gebroyler, despues de un intervalo de mas de un año, en 1511, Juan Sapido, que dirigió la escuela hasta 1525. Uno de sus discípulos, que ya habia visitado otras varias escuelas, Tomás Platter, escribió sobre la de Schlettstadt: «Esta fué la escuela que me pareció bien dirigida.» Este escolar refiere también que en aquel país no se enseñaba el griego en ninguna parte, que fuera del maestro nadie poseía un libro impreso, y que el maestro dictaba las lecciones, los ejemplos y las explicaciones, de modo que cuando los alumnos volvían a su casa llevaban una carga de manuscritos suyos. Nada menos que 900 alumnos habia entonces en la escuela de Schlettstadt, reinando entre ellos bastante orden. Por aquel tiempo enseñóse también allí el griego; los alumnos no debían aprender como antes, todo de memoria, y eran tratados personalmente algo mejor que antes, cuando el calabozo, el palo, los azotes y otros tratamientos bestiales constituían todo el gobierno interior.

Sapido habia nacido en 1490 y estudiado bajo la férula de Gebroyler, siendo como este partidario fanático de Wimpeling, que además era pariente próximo suyo, todo lo cual no tuvo, sin embargo, bastante fuerza para retener a Sapido en el gremio católico, y como su mismo pariente le amenazaba con denunciarle a la inquisición y como la población

continuase fiel a Roma, renunció su plaza de maestro en 1525, para pasarse al campo de la reforma religiosa. En 1538 obtuvo una plaza de maestro en Estrasburgo, donde murió el año 1561. Sin ser reformador militante y propagandista, era muy apreciado de Lutero y honrado de Zwinglio, que vió en él un obispo modelo del porvenir. Era celoso partidario de Erasmo, pero escribió poco. En 1520 publicó una colección de epigramas en verso en que alaba, satiriza y menciona a muchas personas, ora por sus circunstancias morales, ora porque ridiculizaban al bello sexo, ora porque eran ignorantes y despreciaban la enseñanza del griego, ó porque eran fanáticas estúpidas, como aquellos que quisieron un día, a fuerza de palos, obligar a un judío a comer carne de cerdo, y no supieron qué contestar cuando el judío les preguntó si la base de la religión cristiana era el consumo de esta carne. En otros recomienda y encomia el cristianismo y la teología verdadera, que no consisten en ceremonias y formas exteriores sino en la virtud y el amor al prójimo.

Lo que para el Mediodía y Oeste fué la escuela de Schlettstadt, fué para el Norte la de Deventer mientras la dirigió Alejandro Hegio, que llegó a esta población en 1474 y murió en ella el año 1498, a la edad de 65 años. Tan grande fué su actividad y tan brillantes resultados obtuvo que su fama se extendió muy lejos y sus discípulos se gloraban de haberle tenido por maestro. Entre las notabilidades literarias y científicas que se encontraron en este caso y lo reconocieron con orgullo, citaremos solamente a Erasmo, Busche, Juan Cesario, G. Listrio, Murlmelio y Muciano.

Hegio nunca llegó a ser un erudito profundo, pero amaba el estudio, tanto que pasaba las noches entre sus libros y cuando el sueño le dominaba, cogía en la mano izquierda un cabo de vela encendido para que se quemara los dedos cuando se durmiese y volviera así a despertarse. Uno de sus discípulos publicó, despues de la muerte del maestro, sus obras, que consisten en pequeñas poesías, disertaciones filosóficas, notas gramaticales, correspondencias en alemán de expresiones latinas y cartas. Unas y otras demuestran un conocimiento nada comun de la lengua latina, facilidad en su manejo y afición a juegos de palabra. También sabia medianamente el griego, cuya utilidad ensalza en algunos versos para comprender mejor muchos vocablos latinos y en especial los usados en la Iglesia. Dos comentarios, uno a la gramática de Alejandro y otro a las poesías del devoto Bautista Mantovano, que en aquella época eran la lectura favorita en las escuelas, se han perdido; pero el simple hecho de haber juzgado digno este último libro de su comentario, probaría bastante que Hegio era también un católico devoto, si no lo probasen ya sus poesías, dirigidas unas a la Virgen, otras a la pasión y resurrección de Cristo, y otras a cantar las glorias de varios santos, principalmente San Andrés y Santa Agueda. Estas poesías están todas en metros antiguos complicados, que tienen en la misma obra su explicación. También dedicó versos a varios contemporáneos suyos y a la ciudad de Deventer, a la cual hizo célebre. Entre los primeros figuran los literatos nobles Busche y Langen, a quienes Hegio felicita por sus esfuerzos para sacar a Alemania de la barbarie. En varios escritos ataca a los que escriben pronósticos y se atreven a saber el porvenir; se lamenta de los males que sufre la humanidad, y entre ellos no se olvida de mencionar, despues de las epidemias y guerras, la moneda de baja ley. Finalmente ataca la pereza y la envidia, ensalza la justicia y recomienda como la ocupación mas digna los estudios.

Su mérito principal no está en sus trabajos literarios sino en los pedagógicos, en su campaña enérgica y eficaz contra los libros de enseñanza rutinaria de la Edad media, y en su perse-